

## Arteterapia. Papeles de arteterapia y educación para inclusión social

ISSN-e: 1988-8309

<https://dx.doi.org/10.5209/arte.75876>

 EDICIONES  
COMPLUTENSE

### Imágenes de la Covid. Reflexiones sobre la emocionalidad resultante

Francisco Jesús Coll Espinosa<sup>1</sup>

**Resumen.** La pandemia Covid19 no solo está siendo devastadora en los niveles de desarrollo económico, sino, fundamentalmente, en la vivencia de nuestra vivencia de la realidad íntima y social, afectiva y familiar. Lo que se quiere llamar la *nueva realidad*, implica una descontextualización psíquica y emocional que nos obliga a una reconstrucción y resignificación de nuestra presencia viva en los otros. Tenemos la acuciante necesidad de la creación de nuevos modos de elaboración de los vínculos, de modo que sigamos teniendo la alteridad como elemento nodal que sostiene las relaciones humanas. Para ello, el aporte del arte, la creatividad y las terapias creativas son mecanismos vivos e indispensables en esto de *la nueva realidad*.

**Palabras clave:** vulnerabilidad, angustia, duelos, quiebre psíquico, ominoso, trauma.

#### [en] Covid Pictures. Reflections on the resulting emotionality

**Abstract.** The Covid19 pandemic is not only being devastating in terms of economic development, but, fundamentally, in the experience of our experience of the intimate and social, affective and family reality. What we want to call the *new reality* implies a psychic and emotional decontextualization that forces us to reconstruct and re-signify our living presence in others. We are in dire need of the creation of new ways of developing ties, so that we continue to have otherness as the nodal element that sustains human relationships. For this, the contribution of art, creativity and creative therapies are living and indispensable mechanisms in this *new reality*.

**Keywords:** vulnerability, anguish, grief, psychic breakdown, ominous, trauma.

**Sumario:** 1. Pérdida y duelo. 2. COVID: estallido de lo simbólico. 3. Socialización del trauma. 4. El arte, la experiencia de creación. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Coll Espinosa, F. J. (2021). Imágenes de la Covid. Reflexiones sobre la emocionalidad resultante. *Arteterapia. Papeles de arteterapia y educación para inclusión social*, 16, 19-25.

La vivencia de la realidad social en estos momentos, ya no está definida por lo cotidiano, sino por el temor a lo nuevo, siendo lo nuevo algo temible. Lo cotidiano ha dejado de ser un lugar donde reposar, convirtiéndose en un espacio de incertidumbre. La realidad social ahora tiene un sentir ligado a lo inescapable: el ayer ya es remoto y el hoy es desconocido por imprevisible. Un reto difícil que tenemos es cómo incorporar a nuestros modos de comunicación y de representación, las nuevas exigencias que supone la situación actual.

Si pensamos en las imágenes primordiales del ser humano, nos vienen aquellas que suponen la cercanía y momentos de encuentro y que son, en definitiva, las que nos acercan a la vida. Pero, si pensamos en las de la Covid19, nos recorre un haz de frío por la espalda y nos viene la imagen de “*el otro a distancia*”, recubierta de una agria sensación por el temor a que se convierta en la “*distancia del otro*”.

Estamos viviendo un tiempo de cierto estupor narcotizado, del que poco a poco vamos despertando y seguimos sintiéndonos presos de lo invisible. Lo más valioso se ha vuelto peligroso: el contacto con el otro, su cercanía, su roce, su voz cercana; todo eso que era imprescindible para respirar, ahora, ya parece un mito pasado. Nos queda de ello su recuerdo y una huella imborrable: la añoranza emocional.

Hasta ahora, lo invisible del otro, su seducción interna, sus gestos, su emocionalidad compartida, era, generalmente, lo que más nos intrigaba y seducía. Ahora, la distancia hace de invisibilidad y se convierte en algo que se teme; pero es que, además, por el mismo motivo, puede haber algo en mí que puede dañar al otro. La psique humana es un conjunto de representaciones ocasionadas y ligadas por vínculos afectivos y, estos, son imágenes de encuentro y de deseo de encuentro con los otros. Somos seres afectivos y nuestras sensaciones se consolidan en el paso al pensamiento desde la indispensable experiencia vivencial con los demás.

El confinamiento, tan social como emocional, ha supuesto que, en principio, las familias hagan un esfuerzo por acercar lo mejor de cada uno, tratar de conocerse un poco más, etc. Pero la persistencia del coronavirus, supone hacer

<sup>1</sup> Psicólogo, Psicoanalista. Arteterapeuta. Profesor Asoc. Psicología Social. Facultad de Psicología Universidad de Murcia. Director de Servicios Sociales de Archena. (Murcia)

evidente la presencia de una ausencia, la presencia de lo que me aleja y asemeja al otro y, también, la presencia de la insatisfacción ligada al otro.

La pregunta fundamental que surge es la de cuál es mi representación ahora en el Otro, cómo es mi vida mental sin la presencia deseada de los contactos familiares y sociales.

La Covid19 ha hecho presente y manifiesta la excesiva vulnerabilidad en un mundo en el que reinaba la sensación omnipotente de la invulnerabilidad. Acostumbrados a un dominio prepotente de las condiciones de vida, de la naturaleza, de las barreras sociales, de las distancias entre países, consumo exacerbado, etc., nos viene algo que más bien parecería pertenecer al reino de la ficción y nos aloja en una parálisis ante la angustia de lo inefable, de lo impensable e indescifrable; nos aboca a la tensa vivencia de que algo de lo siniestro forma parte de lo cotidiano.

Algo mudo e invisible se produce ante la sensación de la compañía irremediable de lo siniestro. Qué duda cabe que esto está ocasionando en la ciudadanía, altos índices de síntomas depresivos, ansiedad y crisis de angustia. Todos hemos escuchado las noticias de los aumentos de la violencia de género, la violencia filio parental, la crisis de angustia, el aumento de la depresión, etc. Hay que precisar que nada como la vivencia de lo siniestro, causa la anulación de lo singular en lo colectivo y deja al sujeto a merced de lo imprevisto y a partir de ahí, sujeto a lo primario.

¿Qué consecuencias puede tener la necesidad de la distancia social? Sin embargo, y casi paradójicamente, por otra parte, el contagio es algo muy humano. Desde nuestro nacimiento, desde nuestra venida al mundo de los sentidos, somos afectados y contagiados por la presencia del Otro, por su calor, por su palabra, por su tacto, por su risa, por su afecto, por su mirada, por su olor, por su cercanía. Sin ese contagio, no sería posible la vida humana como la conocemos hoy. Es aquí que surge la pregunta de qué va a suponer la necesidad de la distancia social. Algo que nos humanizaba, que nos humaniza, que nos afectiviza, eso, ahora resulta un grave peligro. Parece que, por ahora y quizá durante más tiempo, esto es lo que ahora nos afecta: nos tenemos que contentar con mirarnos a dos metros de distancia y, por supuesto, sin roce. La huella del otro en mí se sella de distancia, de mirada, en el mejor de los casos, complaciente pero enojada, arropada de soledad.

Entonces, el dolor y la satisfacción, ¿cómo se han de experimentar a partir de ahora? ¿Qué factura psíquica y emocional va a ocasionar?

Si nos fijamos en la mirada de los niños y niñas, nos vamos a encontrar con un poso de tristeza, de desconcierto, desorientados por no saber qué hacer, que tocar, qué compartir. Lo que hasta ahora era la costumbre, abrazar y besar, ahora se ha convertido en un peligro que no pueden comprender. Pero si el otro no está en lo suyo, es decir, en lo de cada uno, sino a distancia, ¿cómo van a elaborar su necesidad de empatía? No hay desarrollo madurativo sin el consecuente desarrollo de la empatía, o sea, de la capacidad de compartir mente y emoción, y eso, al menos hasta ahora, no se puede experimentar e incorporar sin el contacto. Quizá por ello, hay un elevado aumento de dificultades para dormir, tanto en niño/as como en adolescentes, así como también un aumento en la producción de sueños. En estos momentos, se duerme menos y se sueña más, aunque no se caracterizan por las pesadillas, sino por el desconcierto.

¿Cómo van a seguir construyendo los niños y niñas su deseo de aprender, si su aprendizaje no va vinculado con el gozo de la experiencia relacional? La risa de un niño/a, o su llanto, o su opinión, son experiencias constructivas si tienen a su lado otro niño/a, con posibilidad de roce, u otra persona que empatice, que les ayude a vivenciar lo que expresan. Entonces, a partir de ahora, qué imágenes, qué representaciones, qué afectos van a vincular con su experiencia de vida, que, en todo caso, es una experiencia relacional. ¿Cómo podemos ayudarles a empatizar, a comprender, a aprender?

La Covid19 deja en la mente de todos, pero de un modo muy especial en la de la infancia y adolescencia, una imagen de ruptura, del tiempo detenido, del tiempo indefinido, indeterminado. Podría ser que las circunstancias actuales los llevan a un cúmulo de imágenes sin representación, es decir, a una situación de vivencia traumática sostenida, en la que no se sabe cuál va a ser el final, ni cuándo ni cómo y se vive la experiencia de la distancia con los otros con una gran sensación de vacío relacional.

Las imágenes de los adultos son las de la impotencia y la presencia evidente de nuestros límites, haciendo muy presente la posibilidad del sufrimiento y de la muerte. De golpe, la presencia de la muerte es algo que pasa a formar parte de lo cotidiano. Parecería un virus diseñado contra la humanidad; comienza con la pérdida de los sentidos de olor y sabor, que son, justamente, los sentidos primarios más desarrollados con los que nacemos y con los que tenemos nuestras primeras experiencias representativas y de vinculación. Tenemos, poco menos, que, paradójicamente, detener nuestra vida para poder vivir. Lo irremediable, lo temible, lo indeseable, son ahora nuestro "*partenaire*" mental. Ello conlleva la vivencia de cierto relativismo emocional y, por tanto, subjetivo: hay una barrera rígida para vivir lo emocional.

Por otra parte, la Covid19 ha hecho presente lo más humano, lo más deseado, que es la necesidad de vivir en satisfacción con lo cotidiano, con lo natural. Esto, que parecería que se había olvidado, ahora, aparece como lo más deseado: la naturaleza, la grupalidad, la sonrisa acompañada, la presencia del semejante, etc.

Pero también diríamos, que, tanto por su impresivilidad como por su drama, la pandemia nos deja sumidos tanto en el vacío de lo sin palabras, como en cierta parálisis de la memoria, casi priorizando el olvido para evitar el peso del temor a lo cotidiano.

¿Qué nos está suponiendo presencia y la convivencia de la pandemia?

La pandemia, esta pandemia, aparece casi de repente; especialmente no esperábamos lo más atroz que nos ha traído: las angustias de separación y la presencia insolente de la vivencia de la soledad.

Podríamos pensar que la situación actual está repleta de tres grandes sensaciones:

**Angustia.** Situación traumática, tanto por los efectos concretos como por la duración en el tiempo.

**Pérdidas y duelos.** Limitaciones impuestas: distancia social, mascarilla, movimientos, etc.

**Presencia constante de la imagen de la muerte.** Poniendo todos los días encima de la mesa, entre la comida y el postre, entre la palabra y su pensamiento, la presencia de lo Real, aquello que no hay palabras para expresar su vivencia, aquello que presentifica, de un modo brutal, la pérdida de un futuro ante un presente inacabado.

Nos preocupan algunas de las consecuencias que podemos aventurar.

**Flexibilización o relativización de la vivencia de la empatía,** tanto en la infancia como en la adolescencia y adultez. El otro no es solo aquel que puede acompañarme, sino que puede ser un peligro permanente y, además, este es invisible. Estamos en el momento del esfuerzo por llenar lo intersubjetivo y sin ello, no hay posibilidad de empatía.

**Vulnerabilidad subjetiva;** nada nos asegura la permanencia del bienestar, más bien, el malestar acompaña de un modo subliminal y también consciente. Parece que todo se ha salido de su sitio y volver a encajar las cosas, no nos está resultando nada fácil. Del *confinamiento social* nos hemos sentido derivados al temor de lo que podríamos llamar “*confinamiento mental*”. Los episodios que hemos visto muy recientemente de las personas amontonadas en la calle sin respetar la “distancia social” pese a las advertencias, nos indican lo difícil que resulta construir modos de representación a distancia y la angustia por sentir el *confinamiento mental*.

## 1. Pérdida y duelo

El duelo es propio de la condición humana. Freud nos indica en su obra *Duelo y Melancolía* la imposibilidad de sustituir absolutamente a la persona amada, ya que más allá de lo singular del sujeto, la intersubjetividad y la alteridad, que a fin de cuentas son la causa del deseo, tiene de característica más propia, que el encuentro con el otro tiene algo de la condición del *Don*, de la gratuidad: “*soy querido sin condiciones, incluso más allá de yo mismo*”; esta es la esencia de amor. Por tanto, lo imposible del duelo deriva de la relación de alteridad. Es la singularidad del otro lo que no puede sustituirse. *La alteridad del otro en su singularidad, es entonces el punto irreductible del duelo, un más allá del duelo que implica el consentimiento de la pérdida.*

Lo sumamente interesante del duelo es un aporte especial que nos hace Freud en “*Duelo y melancolía*”, en la que señala que lo verdaderamente importante no es tanto a quién se pierde sino en relación a esa vivencia, qué de uno hay, qué pierde él en esa pérdida. *Quien está de duelo, efectúa su pérdida con “un pequeño trozo de sí”* (Allouch, 1996, p. 10)

La emergencia de la pandemia, sus condicionantes, las soledades impuestas, están dañando la posibilidad del duelo y, en su lugar, está apareciendo o bien vivencias melancólicas o memoria lagunar.

En este sentido que se explica María Elena Elmiger<sup>2</sup>: *La angustia deberá transmutar en dolor y en duelo, lo que hará posible algún camino hacia la subjetivación en los mismos. Convirtiendo la angustia en dolor, (tanto Freud como Lacan diferencian la angustia del dolor) permitirá al sujeto encontrar una significación sobre su lugar en relación al objeto perdido. Esto podrá dar lugar al síntoma, a las formaciones del inconsciente, a las identificaciones (como efectos de significación), o al acto sostenido desde el fantasma.*

María Elena plantea que la elaboración del duelo se produce al construir subjetivación del objeto perdido. En este sentido o, mejor, en esta falta de sentido, es por ello que, para Lacan, el acting out es una de las respuestas más frecuentes en las inmediaciones de las pérdidas, dado el encuentro con la angustia, razón por la que plantea la necesidad de los rituales y del “tiempo del duelo”. ¿Podríamos encontrar aquí una respuesta a los actos sociales de saltarse la norma de la distancia social? Para subjetivar un duelo es necesario que, como dice Lacan en el seminario VIII, lo que se pierde pueda ser traducible en formas discursivas subjetivas y colectivas, para lo cual planteamos que es preciso la articulación de lo público, de lo privado, y de lo íntimo.

Lo realmente difícil en esta situación pandémica es cómo elaborar todo lo que se pierde y cómo integrar un cambio sin rumbo. La pandemia nos ha roto la seguridad de lo cotidiano, generando la derivación del sujeto social a la vulnerabilidad del sujeto de lo individual. El pensamiento ya no sirve como refugio a la ansiedad y angustia. Ahora, la colectividad no promete la unidad, sino, más bien, la inseguridad y el aislamiento y, ello, conlleva la vulnerabilidad subjetiva. Pero no solo ha roto la seguridad de lo cotidiano, sino también la seguridad de la experiencia de intimidad. Nos ha destrozado la seguridad de la presencia del otro que garantiza mi experiencia más íntima de ser.

El deseo se presenta como irrelevante ante la falta precipitada, generando el efecto de la vulnerabilidad emocional. Por ello, estamos en la sensación de un *quiebre psíquico* ante la falta de subjetivación e inconsistencia del Otro. El Otro ya no es la seguridad; desde el momento en que la seguridad tiene que ver más con el aislamiento, la falta generadora del deseo, es la precaución del deseo.

<sup>2</sup> Elmiger, María Elena. La subjetivación del duelo en Freud y Lacan. *Revista Malestar E Subjetividade*, vol. X, núm. 1, marzo, 2010, pp. 13-33, Universidade de Fortaleza, Fortaleza, Brasil.

El coronavirus es un virus inmoral; percibimos que su goce es la desvinculación. Somos cuerpos que albergan el goce de la desvinculación. ¿Qué consecuencias psíquicas puede tener esto?

El coronavirus es la pareja mental de todo sujeto en este momento. Pero es una pareja en la que no hay diálogo, sino un mutismo elocuente, un mutismo sordo en el que la referencia es la no respuesta. El Otro ya no es el que habla ni al que le hablas, sino al que temes; y es un temor por la angustia de la aniquilación y una máquina de desvitalización.

Es un virus inmoral; encarna el goce como único lugar de vida, el goce de privar al otro de lo suyo, de su vida, de su desarrollo; el confinamiento es su éxito. Y qué nos encontramos en ello. Por una parte, se nos impone en ese aislamiento la necesidad de una *búsqueda de Sí*, en qué *Si-Mismo* puedo vivir. Lo buscamos a través de la creatividad, las extravagancias, las discusiones, las negaciones, la depresión, tristeza. La Covid ha sido un gran impulsor de la vulnerabilidad del Sí Mismo y, por tanto, de su búsqueda. La amenaza grave que supone, incrementado por los condicionantes que acarrea como son la distancia social, la mascarilla y la consiguiente distorsión de la voz, etc, nos ubican en un sin lugar, en un *No-lugar*, tanto para acoger como para ser acogidos. Quedamos como noqueados por la fuerza de lo invisible. Por otra parte, la vivencia de tremenda vulnerabilidad, las relaciones personales y sociales bañadas en la sospecha, inaugura un lugar siniestro para la subjetividad. Un lugar que, paradójicamente, siempre hemos sentido muy cerca: la probabilidad de no alcanzar el Ser, y, a su vez, nos encuentra en la angustia precipitada de no poder Ser; la Covid se apodera de la inercia de la vida tanto privada como pública y deja un aroma de sinsentido en aquello que me otorgaba una sensación agradable a mis ilusiones.

La vulnerabilidad más acuciante es aquella que deriva de la incertidumbre que acompaña acontecimientos irrecuables y que no pueden nombrarse por sentirlos como amenazadores, injustos e inaplazables. Genera un sentimiento que oscila entre un fugaz sentimiento de esperanza y una pesada sensación de agotamiento. Una obra en la que se ve con detalle la vivencia íntima y colectiva que causan la pandemia y que nos puede ayudar a ver los efectos de la pandemia es la *Balsa de la Medusa*. Es una obra de denuncia política en la que abunda en los abusos de poder y la relación siempre difícil entre la dificultad y la posibilidad, entre la esperanza y la desesperanza, entre la vida y la muerte, entre el deseo y su realización vinculante. Parecería una obra realizada para expresar este momento colectivo. En la obra se cuenta cómo un grupo de naufragos, abandonados, se las tienen que apañar para encontrar vida en un tiempo lleno de adversidad. Naufragio inesperado, desorientación y emergencia por encontrar respuestas a sus necesidades, la deriva invade su destino y la impotencia reina en sus acciones. Sujetos a las inclemencias del tiempo y la indomesticable virulencia de ir a la deriva, lo más interesante, a nuestro parecer, de esta obra pictórica, además de la acida crítica sociopolítica – siempre conveniente – es el empuje de la pulsión de vida que no decae y encuentran cómo hacer, mirando al horizonte, la posibilidad más que a la oscuridad del temor vivido. El hombre de color, agitando la bandera y junto a la tensión movilizante de los otros, nos abre la visión de un sujeto en el que la pulsión de vida, lejos de rendirse, encuentra en el proceso una razón para la vida; pero a su vez, algo dinamita la esperanza y es la presencia de lo onimoso, de la vulnerabilidad. En la obra, es fundamental y, en gran modo, escalofriante, las supuestas escenas del necesario canibalismo para vivir; es decir, cómo para vivir, necesitamos la presencia viva de los otros, la presencia de sus pensamientos, de sus cuerpos, de sus deseos, en los que puedan anidar los nuestros. A poco que dirijamos una pequeña energía mental, encontramos en la actualidad un fiel reflejo de esta obra.



Figura 1. Gericault. La Balsa de la Medusa.

## 2. COVID: estallido de lo simbólico

En este tiempo de vida pandémica, lo inesperado de este asunto trágico, la difícil o imposible socialización de esta tragedia, nos ha hecho sentir distintos derroteros en el modo de comprenderlo.

Lo más evidente está siendo la imposibilidad de integrar los hechos pandémicos con la necesidad constitutiva del sujeto de formar parte de lo que vive, siente y padece; por ello, han sido distintas las percepciones en las que nos hemos sentido.

Por una parte, la sociedad se sintió víctima de la ambición de poderes oscuros y desconocidos, generando culpas y sumisión por doquier. La sociedad andaba en la desorientación de qué hemos hecho para tener esto; un poco más adelante, la pregunta fue la de qué hemos hecho como sociedad para merecer esto. Y ahora, la pregunta podría ser la de quién puede hacer algo para que esto termine.

¿Qué supone la mascarilla? ¿Qué supone una mirada sin gesto y un gesto sin mirada?

La mascarilla `priva del gesto, denuncia un gesto escondido del que da muestra una mirada extráfrica, con un ojo lleno de miedo y otro lleno de sospecha. La mascarilla ofrece una primera imagen que evoca la despersonalización y da curso a la sensación de escisión del Otro.

Es una privación del gesto, de la expresión facial que es, a su vez, espejo propio y ajeno. Obliga a una mayor gestualidad corporal y de mirada. Sin gesto y sin la mirada bidireccional que la expresión gestual conlleva, nos sentimos especialmente huérfanos en la comunicación y comprensión emocional.

Ya nos encontramos en un momento de considerable cansancio mental, en el que nuestra capacidad de integrar lo cotidiano se ubica en el extremo de una balanza pendular, en el que en un extremo estaría la ilusión y en el otro la desesperanza, siendo el lugar del centro aquél que desaparece en el movimiento. En este sentido, podemos usar las imágenes que nos proporciona Edgar Allan Poe que, de un modo magistral, nos muestra cómo se producen las vivencias del sujeto en una situación traumática. Nada como la literatura y las imágenes para producir estallidos y apertura de sentidos. En su obra *El pozo y el péndulo*, Poe trata el proceso de integración de lo irrecusable y, a su vez, la necesidad de explotar al máximo las posibilidades de encontrar sentidos. Poe nos muestra con excepcional habilidad la visión de que aquello que nos hace padecer y sufrir, produce nuevos espacios de vida, si bien, estos pueden transitar hacia lo oscuro o a la esperanza, en función de la vivencia de los vínculos. Entendemos que el vínculo no es solamente la *vivencia* compartida; consideramos que el vínculo es también la *diferencia compartida* y asumida y, es desde ahí, que el sujeto puede encontrarse definitivamente en Otro. Ahora bien, esto no puede darse sin renuncias, sin pérdidas y sin confrontaciones entre lo deseado y la satisfacción esperada.

El cuento de *El pozo y el péndulo* es una obra de un optimismo trabajado, repleto de límites, pero en el que la vivencia del tiempo y del límite, abre al reconocimiento de lo íntimo; es justamente esa vivencia la que va a tejer una



Figura 2. El narrador está condenado a muerte. Ilustración del artista británico Arthur Rackham (1935). (Wikimedia Commons)

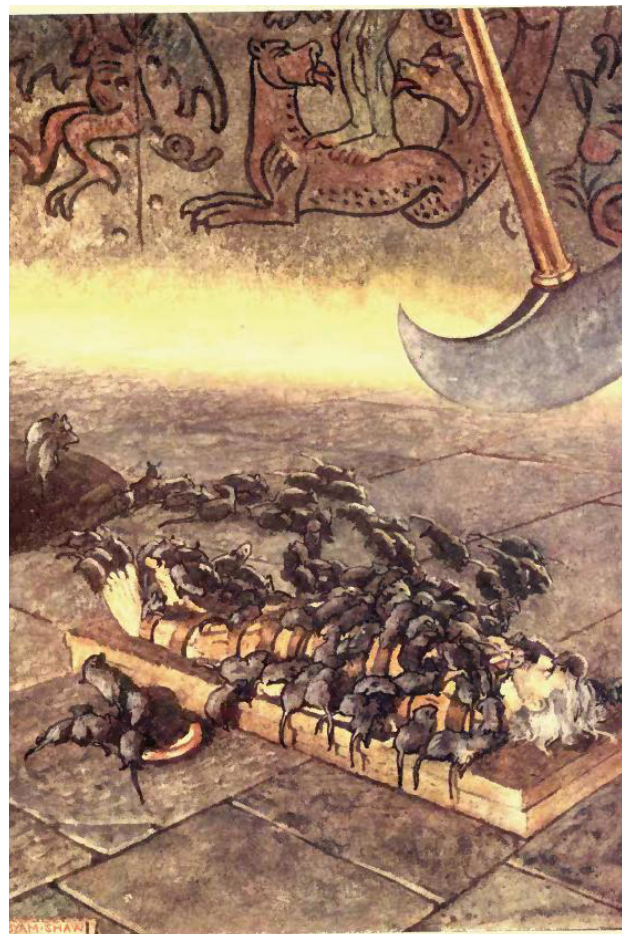


Figura 3. El péndulo avanza hacia el narrador. Mientras las ratas muerden las correas. Ilustración Bryan Shaw 1905. (Wikimedia Commons)

vida llena de deseo, en el que su final no es la consecución de la satisfacción sino el proceso de vivenciar tanto su falta como su posibilidad. En la obra, un sujeto condenado a ver la incesante progresión de su muerte, explora los límites y encuentra en su tiempo de espera la libertad de pensamiento, pese a la posibilidad de morir, con temor, pero sin angustia. La obra es un devenir entre la ilusión y la desilusión, entre lo imposible y la posibilidad, entre la certidumbre más negativa y el pensamiento acogedor. Su final, el triunfo del deseo, del proceso de desear.

Lo siniestro no es sólo lo brusco e inesperado, sino también lo que se anuncia lentamente como un acaecimiento irrecusable, como por ejemplo la pena capital que ha de sufrir el personaje de “El pozo y el péndulo”, que sabe de su muerte segura, pero que ignora el momento y la forma en que ocurrirá: bien será el péndulo que desciende lentamente, el pozo donde parece ser empujado a sucumbir, las ratas que lo devorarán en vida o las paredes que se van cerrando enrojecidas a fuego vivo. El condenado espera, entre la desesperación y la comprobación activa de lo que ocurre, aunque sin desbordamiento. La sociedad en este momento espera que nos ocurra lo que al personaje del cuento en el instante final. Pero, el sentido del cuento, no es tanto el azar o la suerte lo que mejor podemos esperar, sino el trabajo del deseo como conquista de espacios de vida, de vida compartida.

La pandemia se ha convertido en una vivencia impregnada de lo siniestro; lo podemos encontrar en la vivencia de la inquietud permanente y pérdida de toda certidumbre intelectual, generando desconcierto, inquietud, desorientación. La vivencia de la Covid nos ha ocasionado el temor a la pérdida de todos los límites de seguridad: los afectos y la proximidad. Ahora, la distancia, la soledad y aislamiento, son los lugares propios que se adueñan de la vida psíquica. Lo siniestro deja de tener esa fuerza en el proceso creativo, sea cual sea el modo. El proceso creativo se nutre de imaginario y de simbólico, de fantasía y de representación, de esperanza y de expresión singular. Esta es lo más importante, la expresión singular, la expresión que emana y, a su vez, da forma al conglomerado de sensaciones que forman la relación entre el mundo interno y el externo. Trabajar la expresión de lo singular es formar parte de la vida comunicativa dando un lugar de otredad que, por su existencia, nos da forma y sentido. Siendo esta la paradoja de la vida psíquica, el agujero que supone la existencia de la pandemia, nos dispone en un reto inapelable: *darnos un nuevo lugar en el espacio de comunicación con el otro*. Si eso no es posible o tememos demasiado que no podamos hacerlo, el lugar de lo siniestro viene a invadir la subjetividad. Lo siniestro es la presencia de lo innombrable, de lo inhóspito. En nuestro desarrollo social, no hay todavía nada que pueda obviar la presencia del Otro para que el sujeto pueda conocerse, reconocerse y pensarse.

### 3. Socialización del trauma

El trauma siempre tiene que ver con la interrelación entre lo íntimo y lo externo, entre la intimidad y la sociedad exterior. La vivencia traumática tiene lugar en la existencia de un hecho que proviene del exterior y subsume la singularidad subjetiva. En ello, el sujeto queda a merced de un hecho abrupto y que conecta de un modo angustiante con el desarrollo de la vivencia subjetiva. En este caso, la Covid aparece en un “como sí”, con voluntad propia de adueñarse de aquello que gira en torno al deseo humano; por ello mismo, choca frontalmente con la producción de fantasía y con la experiencia del fracaso.

Como todo trauma, tiene que tener varias características, y la pandemia las reúne: la dilación en el tiempo, la experiencia de deterioro subjetivo, la dimensionalidad de todos nuestros complejos más reprimidos.

En nuestra situación pandémica, nos podría preocupar algunas otras circunstancias añadidas o, también, sobrevenidas como son las derivadas de las medidas de protección.

Teniendo en cuenta que el ser humano es un ser de lenguaje para poder configurar un modo de sentir y pensar, tenemos que añadir que ese lenguaje de reconocimiento proviene pensamientos conscientes e inconscientes, de experiencias que no se dejan pasar por el desciframiento del lenguaje y de sensaciones que todavía no tienen modo de encontrar su forma.

Los métodos que el Estado ha propuesto e impuesto para la protección y evitación de la propagación del virus, tienen y tendrán algunas consecuencias, más a nivel inconsciente que consciente.

Hay que reconocer que el estado de privación en el que nos ha dejado las medidas propuestas e impuestas, ha generado hechos y experiencias que nos ha hecho crecer de un modo muy importante. Hemos aprendido a valorar los tiempos de la interioridad, anhelado lo más deseado de los otros, dar importancia a pequeños detalles, tomar conciencia del devenir y de la muerte, experimentar y gestionar situaciones de frustración, etc.

Ahora bien, hay otras cuestiones que nos sugieren debate y precaución, tales como las derivadas de una comunicación sin gestualidad, la vulnerabilidad y dependencia pasiva a lo propuesto e impuesto, la posible falta de empatía –a veces, parece que estamos en tiempo del sálvese quien pueda– una docilidad temeraria, fatiga psíquica, unas instituciones que dimensionan su papel, etc.

Lo que nos parece más preocupante de todo ello es el temor a que la sociedad incorpore una comunicación sin gestualidad facial, una comunicación a través de una voz partida y una mirada escondida. Nos cuesta encontrar el mismo compromiso en el lenguaje que se dice desde detrás de la mascarilla. Ocular el gesto puede propiciar una comunicación menos comprometida; hay algo que esconde nuestro compromiso; el otro no tiene acceso a mi rubor, a mi sonrisa, a mi tibieza.

Por otra parte, nos preocupa mucho dos posibles tendencias. Una es que la sociedad sienta cierto apagamiento de su voz, una voz tamizada por la mascarilla, incrementándose así la sensación de adoctrinamiento o de seguidismo

gratuito ante la incertidumbre. La otra es que las instituciones, ahora con más argumento, sientan que su papel es el de dirigir y disponer por el bien común, más que ser participativas. Sería muy preocupante que el coronavirus mute hacia una *cultura-virus* de la sospecha, la distancia y la incertidumbre, evolucionando así hacia sociedad más polarizada y atomizada.

#### 4. El arte, la experiencia de creación

No hay vínculos sin fantasía, o lo que es lo mismo, sin presencia íntima del otro. En este tiempo de distancia social y demás limitaciones, en el riesgo que supone para la vivencia de la empatía, el arte, el proceso creativo viene a ser una de las acciones más prometedoras: *crear para otro*. Este crear supone pensar al otro, a pesar de la distancia social y que esta no se convierta en distancia emocional.

Diríamos que este aporte de la creatividad y del arte, en estos momentos donde el lenguaje encuentra su límite, es posibilitar la presencia viva de los otros en la vida propia.

Creatividad, arte, Arteterapia, cada cosa en su lugar y su encuadre de trabajo, son esenciales para dinamizar en este tiempo en el que la desorientación define la vida. Cuando el lenguaje encuentra su límite, cuando lo emocional tiene que representarse porque no es posible las vivencias compartidas en la proximidad, cuando el gesto se oculta, la voz se disfraza y solo queda una mirada ausente de sostén, muy probablemente la creación de imágenes, en sus distintas versiones, como son expresar, criticar, denunciar, nombrar, acompañar, comunicar, etc, es lo que puede sacar al sujeto del espacio de lo innombrable, de la desidia impotente, del vacío representativo.

Los procesos creativos, bien sean desde la creatividad o artísticos, nos van a ayudar a poner lugar a vacíos representativos, siendo ello enormemente importante. La Arteterapia, disciplina que aúna arte y trabajo terapéutico, se sostiene desde los procesos creativos que pueden ayudar, desde la creación de imágenes, a dar imagen y nombre a ciertas sensaciones que pertenecían a lo innombrable. La Arteterapia profundiza en ampliar el mundo interno del sujeto, llenando a su vez el espacio externo, dando forma y sentido a los distintos bucles y espirales que van recreando el sujeto social, la emoción socializada y un lugar para la vida compartida.

La creación de imágenes creativas es lo que más se puede acercar a lo que se pierde de Sí y del Otro en la vivencia de la distancia, del trauma. La imagen es lo que falta y, a su vez, une a la cosa con la palabra y la emoción.

#### Referencias bibliográficas

- Sigmund Freud, "Duelo y melancolía" (1917 [1915]), en Obras completas, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1979).
- León-López, Patricia Dialnet. El Duelo entre la falta y la pérdida. [https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/27217/39636-4547212%20\(1\).pdf](https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/27217/39636-4547212%20(1).pdf)
- Jean Allouch. Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca. Córdoba, Ed. Edelp S.A. 1996. <https://www.wikiart.org/es/theodore-gericault/la-balsa-de-la-medusa-1819>
- [https://literatura.fandom.com/wiki/El\\_pozo\\_y\\_el\\_p%C3%A9ndulo#:~:text=Ilustraci%C3%B3n%20del%20artista%20brit%C3%A1nico%20Arthur%20Rackham%20\(&text=El%20narrador%20sin%20nombre%20est%C3%A1,de-smaya%20y%20pierde%20la%20consciencia](https://literatura.fandom.com/wiki/El_pozo_y_el_p%C3%A9ndulo#:~:text=Ilustraci%C3%B3n%20del%20artista%20brit%C3%A1nico%20Arthur%20Rackham%20(&text=El%20narrador%20sin%20nombre%20est%C3%A1,de-smaya%20y%20pierde%20la%20consciencia)

